

Jesús sana a un ciego de nacimiento - Juan 9:1-12

(Jn 9:1-12) *“Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego? Respondió Jesús: No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él. Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar. Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo.*

Dicho esto, escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y untó con el lodo los ojos del ciego, y le dijo: Ve a lavarte en el estanque de Siloé (que traducido es, Enviado). Fue entonces, y se lavó, y regresó viendo. Entonces los vecinos, y los que antes le habían visto que era ciego, decían: ¿No es éste el que se sentaba y mendigaba? Unos decían: El es; y otros: A él se parece. El decía: Yo soy. Y le dijeron: ¿Cómo te fueron abiertos los ojos? Respondió él y dijo: Aquel hombre que se llama Jesús hizo lodo, me untó los ojos, y me dijo: Ve al Siloé, y lávate; y fui, y me lavé, y recibí la vista. Entonces le dijeron: ¿Dónde está él? El dijo: No sé.”

Introducción

El capítulo que ahora vamos a estudiar narra uno de los pocos milagros del Señor de los que Juan nos ha dejado constancia. Se trata de un milagro que no encontramos en los otros evangelios y que es narrado aquí con gran lujo de detalles. Su propósito sigue siendo el mismo que el de todo el evangelio de Juan:

(Jn 20:30-31) *“Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.”*

1. Divisiones en el texto

La historia es muy larga, pero podemos ver diferentes etapas que seguiremos en nuestro estudio:

- **(Jn 9:1-5)** La misión de Cristo en el mundo.
- **(Jn 9:6-7)** El milagro de sanidad de un ciego de nacimiento.
- **(Jn 9:8-12)** Primeras reacciones e interrogatorio de los vecinos.
- **(Jn 9:13-17)** Primer interrogatorio de los fariseos al ciego.
- **(Jn 9:18-23)** Interrogatorio de los fariseos a los padres del ciego.
- **(Jn 9:24-34)** Segundo interrogatorio de los fariseos al ciego.
- **(Jn 9:35-38)** Encuentro de Jesús con el ciego.
- **(Jn 9:39-41)** Jesús y los fariseos.

2. Su conexión con el contexto

Pero antes de que comencemos a analizar el contenido de este capítulo, es importante que nos detengamos un momento para ver su relación con el contexto.

En el capítulo anterior el Señor Jesús había afirmado que él es la Luz del mundo:

(Jn 8:12) *“Otra vez Jesús les habló, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.”*

Y el milagro que encontramos aquí en el que el Señor dio la vista a un hombre ciego de nacimiento, sirve de ilustración de lo que Jesús está haciendo constantemente en su condición de Luz del mundo.

También vimos al acabar el pasaje anterior que los judíos habían intentado matar a Jesús, y ahora vamos a ver que su odio se extiende también a cualquiera que llegara a confesar que Jesús era el Mesías. Quien se atreviera a hacerlo sería expulsado de la sinagoga (**Jn 9:22**), lo que implicaba la exclusión de la vida religiosa y social del judaísmo. Y el ciego que recibió el milagro del Señor, fue expulsado finalmente por los judíos simplemente porque había hablado bien de aquel que le había sanado.

Con todo esto, cada vez se estaba haciendo más grande la brecha ya existente entre el judaísmo oficial y el Señor y sus discípulos. Jesús era el buen pastor que se ocupaba por las ovejas abandonadas, mientras que los líderes religiosos demostraron a lo largo de todo este capítulo que eran falsos pastores que no cuidaban de las ovejas. Este será uno de los temas tratados en el siguiente capítulo.

Y por otro lado, aquellos que como el ciego eran expulsados fuera del judaísmo porque se confesaban discípulos de Jesús, son los que llegan a formar el rebaño de Cristo que él cuida y por el que da su vida, tal como también explicará a continuación.

Por lo tanto, vemos que este capítulo constituye un nexo necesario de unión entre lo anterior y también lo que viene a continuación.

3. Otros temas importantes que son tratados

Al estudiar este pasaje, pronto vamos a ver que es muy rico en enseñanzas espirituales. Prestaremos especial atención a algunos temas importantes, como por ejemplo, el desarrollo de la fe del hombre ciego, las luchas por las que tendrá que atravesar, las diferentes opiniones de la gente en cuanto a la persona de Jesús, el temor y la resistencia de algunos a aceptarle como el Mesías, la lucha entre la Luz y las tinieblas, el conflicto entre las tradiciones judías en cuanto al sábado y la interpretación de Jesús, la persecución contra el Señor y también contra cualquiera que se declarara discípulo suyo, y finalmente, la ruptura definitiva entre el judaísmo oficial y Jesús. Comenzamos pues.

“Al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento”

El autor no especifica si esto sucedió inmediatamente después de lo ocurrido en el pasaje anterior, cuando Jesús salió del templo en medio de la furia homicida de sus adversarios. En cualquier caso, la terrible oposición contra Jesús no había cesado, pero eso no iba a impedir que el Señor se interesase por un ciego que estaba mendigando. Como explicó más adelante: *“Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura”* (**Jn 9:4**).

Así que, con total seguridad y tranquilidad, el Señor se detuvo cuando *“vio”* al ciego que estaba mendigando. Los que le conocían sabían que aquella mirada del Señor estaba llena de sentido. Había encontrado una nueva ocasión para mostrar su misericordia. Con esto se nos revela la atención constante de Jesús hacia aquellas personas necesitadas que se encontraba en su camino. ¡Cuánto tenemos que aprender de Él! ¡Cuántas oportunidades de hacer el bien perdemos en nuestro paso por este mundo! Pero Jesús no era como muchos de nosotros, ni tampoco como el sacerdote y el levita de la parábola, que cuando vieron en su camino a un hombre malherido por el ataque de unos ladrones,

pasaron de largo sin prestarle atención. El Señor se comportó nuevamente como el buen samaritano que se detuvo y atendió a su prójimo necesitado (**Lc 10:25-37**).

En cuanto al ciego de nacimiento, tenía que ser una persona bien conocida, porque seguramente tendría un puesto fijo como mendigo en algún lugar muy transitado cerca del templo. Además, llamaría constantemente la atención de las personas que pasaban haciendo notar su triste situación a fin de inspirar compasión. No olvidemos que en aquel tiempo las personas en su condición dependían de la caridad pública para su subsistencia. De hecho, la ley de Dios especificaba que los ciegos merecían particular atención y cuidado: (**Lv 19:14**) (**Dt 27:18**). Pero al fin y al cabo, nadie podía hacer nada más por él que darle unas monedas y tratarle con el mayor respeto. Nadie había podido cambiar la triste condición en la que había nacido.

En cierto sentido, este ciego sirve para tipificar al hombre natural que nace y vive en tinieblas hasta que Cristo ilumina su espíritu (**2 Co 4:6**). Aunque en esta ocasión el Señor hizo algo más por él, porque también le dio la vista física, como una demostración más de que él es realmente la Luz del mundo. Lo que Jesús hizo por aquel ciego nadie más lo podía hacer, ni siquiera la misma religión.

“Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?”

Los discípulos también vieron al ciego, pero sus mentes y corazones eran diferentes a los del Señor. Ellos no rogaron a Jesús que le sanara, sino que en lugar de eso hicieron una pregunta teológica, que lejos de aliviar la situación del pobre ciego, aun le crearía mayor frustración, puesto que daban a entender que de alguna manera se merecía lo que le estaba ocurriendo, ya que debía ser el resultado de algún pecado.

Ahora bien, el hecho de que aquel hombre hubiera sido ciego desde su nacimiento, despertó en los discípulos cierto interrogante. Para ellos, detrás de toda aflicción o defecto físico estaba el pecado, normalmente el pecado del que padecía el problema. Pero, ¿cómo podía ser que una persona naciera ya con una enfermedad si no había tenido todavía ocasión de pecar? Esto les llevó a pensar que su ceguera estaba directamente relacionada con el pecado de sus padres, y así se lo plantearon al Señor.

Y aunque nos pueda parecer que los discípulos usaron de poca sensibilidad al abordar aquel problema mientras el ciego estaba delante, no obstante, sus inquietudes eran importantes. ¡Cuántas veces hemos sido preguntados por el origen de las enfermedades y por qué Dios permite el sufrimiento humano! Así que, aunque el Señor tenía el firme propósito de sanar al ciego, sin embargo, también iba a tomar tiempo para contestar a sus discípulos.

En principio, debemos descartar en la pregunta de los discípulos cualquier idea relacionada con la reencarnación o la creencia de que el alma de los muertos vuelve a la tierra en un nuevo cuerpo, trayendo sobre él el castigo por los pecados cometidos en una supuesta vida anterior. Esta idea nunca ha formado parte de la enseñanza bíblica y los discípulos tampoco lo estaban planteando aquí.

Lo que la Biblia sí que enseña es que tanto los sufrimientos corporales, como la misma muerte, son la consecuencia del pecado. Todos estos males comenzaron a estar presentes en este mundo sólo después de que Adán y Eva pecaran. Desde entonces, todos los hombres y mujeres que hemos nacido en este mundo, hemos heredado su naturaleza pecaminosa junto con sus tristes consecuencias. Así que, podemos decir que

aquel hombre había nacido ciego como consecuencia de la naturaleza pecaminosa de la que todos somos partícipes.

(Ro 5:12) “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.”

Ahora bien, también es verdad que en muchas ocasiones hay una relación directa entre el pecado de una persona y su enfermedad. Por ejemplo, si una persona tiene el vicio de fumar, no sería extraño que con el tiempo llegue a tener un cáncer de pulmón. Sin embargo, estaba claro que éste no era el caso del ciego de nacimiento, pero aun así los discípulos intentaban establecer una relación directa entre su enfermedad y algún grave pecado cometido con anterioridad. Siempre es aventurado afirmar categóricamente que tal o cual aflicción física se deben a un pecado concreto. Este fue el terrible error que los amigos de Job cometieron. Cuando vieron el estado en el que Job se encontraba, sus amigos comenzaron a acusarle de pecados ocultos, algo que él siempre negó. Finalmente, Dios mismo salió en su defensa, y el libro que lleva su nombre nos desvela la verdadera razón de sus sufrimientos. Pero este pensamiento está presente en la mente de todos los hombres. Los nativos de la isla de Malta son otro buen ejemplo de esto. Cuando el apóstol Pablo sufrió la mordedura de una víbora después de un naufragio, “se decían unos a otros: *Ciertamente este hombre es homicida, a quien, escapado del mar, la justicia no deja vivir*” (Hch 28:4). Y como sabemos, ellos también se equivocaron en sus apreciaciones. Como decimos, es muy arriesgado establecer una relación directa entre un pecado concreto y algún tipo de desgracia o sufrimiento. Y lo mismo se podría decir de un supuesto pecado de los padres. Aunque, por supuesto, la Biblia afirma que esto también puede llegar a ocurrir (Ex 20:5) (Ex 34:7).

Volviendo a la historia de Job, vemos que cuando él se defendía inútilmente de las acusaciones de sus amigos, les hizo notar que muchas veces hay hombres que son notoriamente pecadores y que sin embargo no padecen sufrimientos físicos como los que él soportaba (Job 21:7-16). En otra ocasión, los discípulos le contaban a Jesús acerca de unos galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos, dando a entender que sin duda lo que les pasó estaba originado por algo muy grave que ellos habían hecho, pero el Señor les aclaró: “*¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente*” (Lc 13:1-5).

Como vemos, esta mentalidad ha estado muy extendida entre los hombres de todas las épocas, seguramente porque todos sabemos que en el fondo de todas aquellas cosas malas que nos ocurren está el germen del pecado. Pero algunos que están sanos, también mantienen esta mentalidad porque les proporciona una falsa sensación de superioridad que les permite pensar que son mejores que los que sufren. Seguramente ésta era la mentalidad de los fariseos.

En cualquier caso, lo cierto es que las enfermedades son una parte de la maldición que el pecado a traído sobre el hombre, y a todos los hombres nos toca “gemir” en mayor o menor grado, incluso a los que ya somos creyentes (Ro 8:19-25).

“Respondió Jesús: No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él.”

A primera vista podríamos pensar que Dios había impuesto la ceguera a este hombre con el propósito exclusivo de ofrecerse una oportunidad de sanarlo. Pero debemos evitar

pensar de esta manera. Como ya hemos visto, las enfermedades son la consecuencia de la Caída, y todos los hombres estamos expuestos a ellas porque todos somos pecadores. Es cierto que algunos casos son muy dolorosos y llaman fuertemente nuestra atención, como el del ciego de nacimiento que estudiamos aquí, pero la enfermedad está presente por todos los lados y tarde o temprano nos alcanza a cada uno de nosotros.

Ahora vamos a ver que Jesús sanó a aquel ciego de las consecuencias del pecado, y esto sirvió para mostrar su gracia, su poder y misericordia. Como el Señor decía, las obras de Dios se estaban manifestando en aquel hombre.

La tragedia del hombre ciego había venido como consecuencia de la caída del hombre, pero el Hijo de Dios iba a aprovechar esta situación para mostrar lo que Dios puede y quiere hacer a favor del hombre. Y no sólo de aquel ciego, sino de toda la humanidad.

Dios, en su providencia, puede usar lo que a todas luces era una desgracia para traer gloria a su nombre. Y esto debe ser recordado por todos lo que sufren de penosas enfermedades, porque Dios siempre puede hacer que su nombre sea glorificado en cada circunstancia de nuestras vidas si le dejamos. Por supuesto, esto no quiere decir necesariamente que Dios los va a sanar, porque también debemos recordar el caso de Lázaro, en el que cuando el Señor recibió el aviso de que su amigo estaba enfermo, él no hizo nada para impedir que muriera, porque tenía un propósito mucho mayor para él: resucitarlo de los muertos.

“Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura; la noche viene cuando nadie puede trabajar.”

Mientras los discípulos buscaban en el pasado de aquel hombre la causa de su enfermedad, el Señor miraba hacia el presente como una hermosa oportunidad de manifestar las obras de Dios. Además, la situación que tenía delante le iba a permitir enseñar una importante lección a sus discípulos sobre las oportunidades de servicio y la urgencia del trabajo que Dios le había enviado a cumplir.

El Señor sabía muy bien que su ministerio terrenal no duraría mucho más de tres años, y ese era el periodo al que se refería cuando dijo: *“Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura”*. La *“noche”*, en contraposición, sería el tiempo cuando volvería al Padre que le había enviado. Así expresaba el principio universal de que para todo hombre, y para Jesús también, el transcurso de la vida en esta tierra debe ser considerado como el *“día”* de las oportunidades para trabajar para Dios.

El Señor era consciente de que ese tiempo era corto y no dejó pasar ninguna oportunidad de hacer las obras de misericordia que su Padre le había dado para hacer. Así, cuando llegó el fin de su ministerio terrenal pudo decir:

(Jn 17:4) “Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese.”

Nosotros también debemos seguir su ejemplo y asegurarnos de utilizar bien nuestra vida para la gloria de Dios en tanto que *“el día dura”*. En el sepulcro, al cual todos nos encaminamos apresuradamente, no hay tareas que cumplir. La noche se acerca y jamás podremos recuperar las oportunidades perdidas. Dejemos a un lado la pereza y pongamos todo nuestro empeño en cada obra que se nos presente. Las oportunidades no han de durar siempre. Y recordemos también que la *“noche”* es el momento en que los

obreros cesan en su trabajo y tienen que dar cuentas de su mayordomía, recibiendo entonces conforme a lo que hayan hecho, sea bueno o malo (**2 Co 5:10**).

“Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo”

El Señor describe aquí en qué consistía el ministerio que había recibido de su Padre y que debía cumplir en este mundo. Él es la Luz del mundo y su obra consiste en iluminar los corazones de los hombres para que conozcan al Padre. Esto se hace especialmente necesario cuando consideramos la cantidad de mentiras que el diablo ha traído al corazón de los hombres en cuanto a Dios y también por la incapacidad del hombre para ver por sí mismo cuál es la verdad. Porque no debemos olvidar que otro de los resultados de la Caída es el estado de tinieblas y ceguera en el que se encuentra el hombre natural y que hace imprescindible la labor de Cristo como *“Luz”*. Fijémonos también que su ministerio es universal, alcanzando a todo el *“mundo”*, y no sólo a la nación de Israel, ya que éste es un problema de toda la humanidad.

Por supuesto, nadie más que Dios mismo puede ser la luz del mundo. Una afirmación así, hecha por cualquier hombre sería una locura. Y por esta razón los judíos no le habían dado crédito cuando Jesús se identificó en una ocasión anterior como la *“Luz del mundo”*. Pero lo que dijo era cierto, y ahora se disponía a demostrar que era Dios y que podía respaldar sus palabras con hechos concretos que ellos podrían comprobar.

“Dicho esto, escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y untó con el lodo los ojos del ciego”

Jesús no había recibido ninguna petición para que sanara a aquel hombre, aunque, por supuesto, desearía ser sanado. Pero la iniciativa surgió una vez más del Señor, como en el caso del paralítico del estanque de Betesda (**Jn 5:6**). Y espiritualmente hablando, así es siempre: Dios es el que da el primer paso para buscarnos y salvarnos.

Debemos notar también que aquel día era un día de reposo. Jesús sabía que los judíos se ofendían cada vez que él hacía un milagro en día de reposo. Ya en una ocasión el principal de una sinagoga había dicho con cierto enfado a los enfermos que venían a Jesús en el día de reposo: *“Seis días hay en que se debe trabajar; en éstos, pues, venid y sed sanados, y no en día de reposo”* (**Lc 13:14**). Curiosamente, cada vez que surge la oportunidad para hacer algún bien, inmediatamente aparecen también infinidad de objeciones, pero el Señor no iba a ceder a ninguna presión humana. Él era la luz del mundo y tenía que alumbrar la vista de aquel ciego. Al fin y al cabo, aquellos fariseos religiosos eran unos hipócritas que negaban a los pobres hombres enfermos lo que sí que hacían por sus animales. El Señor les acusó con toda contundencia: *“Hipócrita, cada uno de vosotros ¿no desata en el día de reposo su buey o su asno del pesebre y lo lleva a beber?”* (**Lc 13:15**); *“¿Quién de vosotros, si su asno o su buey cae en algún pozo, no lo sacará inmediatamente, aunque sea en día de reposo?”* (**Lc 14:5**). Así que el Señor siguió adelante porque le importaban las personas y por hacerles el bien estaba dispuesto a sufrir las iras de los religiosos.

También es interesante que nos fijemos en el método empleado para sanar al ciego. Aunque el Señor podía sanar simplemente con su palabra, sin embargo, en algunas ocasiones como esta usaba métodos que llamaban la atención, no sólo del enfermo, sino también de todos nosotros. ¿Por qué usar saliva para hacer lodo y untarlo en los ojos del ciego para luego hacerle ir a un estanque a lavarse? Tenemos que aceptar que Dios siempre se sirve de los medios que considera adecuados para cada situación. De hecho,

él no contesta siempre a nuestras oraciones de la misma forma, ni tampoco como contesta a otros. Él tiene un plan de amor para cada uno de nosotros y actúa de acuerdo con él, usando los medios más convenientes en cada caso. Su poder y amor no tienen límites y por eso nunca dejará de sorprendernos. Por otro lado, el Señor siempre tiene preferencia por los métodos humildes y casi humillantes. Seguramente, a los que estaban viendo al Señor usar su saliva para hacer lodo y untarlo en los ojos del ciego, les habrá causado cierta repugnancia. Pero una vez más, lo que a los hombres les puede parecer que son medios despreciables, contrastan con los gloriosos resultados que obtienen. ¿No hay muchos que también consideran la cruz como un signo de locura y debilidad? Y sin embargo, es por medio de la obra que Cristo realizó en el Calvario que nosotros hemos sido justificados, santificados, redimidos... (**1 Co 1:18-31**). Con este milagro del ciego, constatamos una vez más que a Dios le gusta hacer sus mayores obras a través de medios y personas normales, incluso despreciables a los ojos de la sociedad.

Quizás también podemos pensar que la elección del lodo para restaurar la vista del ciego puede tener alguna relación con la formación original del hombre a partir del polvo de la tierra hecho barro. En ese caso, el Señor estaría restaurando su obra estropeada.

Dicho todo esto, debemos añadir que los medios usados aquí, en sí mismos, carecían de todo poder curativo intrínseco. Donde radicaba el poder era en la palabra del Señor y en la obediencia a ella. Esta es la verdadera fe: cuando confiamos en lo que Dios ha dicho y actuamos en consecuencia.

“Y le dijo: Vé a lavarte en el estanque de Siloé (que traducido es Enviado)”

Tampoco el agua del estanque de Siloé poseía ninguna virtud curativa, pero tener que ir hasta allí sirvió para poner a prueba la fe del ciego. Algo similar había ocurrido con Naamán, al que el profeta Eliseo había mandado a lavarse siete veces en el Jordán si quería ser libre de su lepra (**2 R 5:10**). Si el ciego conocía esta historia, tal vez su recuerdo sirvió para animarle a hacer lo que ahora le mandaba Jesús.

Aunque seguramente lo que más le animó fue lo que había oído decir a Jesús acerca de que su enfermedad iba a servir *“para que las obras de Dios se manifestasen en él”* (**Jn 9:3**). Sin lugar a dudas ésta sería la primera vez que aquel hombre oía a alguien hablar de su enfermedad en estos términos. A lo que estaría acostumbrado sería a comentarios como los de los discípulos, o a que la gente le tratara con cierto desprecio o condescendencia, pero Jesús hablaba de una forma diferente que le hizo albergar la esperanza de que algo grande iba a ocurrir con él. Así que, cuando el Señor le mandó ir a lavarse al estanque de Siloé, se puso en marcha inmediatamente.

El estanque de Siloé estaba en el extremo meridional de la ciudad de David y había sido construido por el rey Ezequías con el propósito de llevar el agua dentro de la ciudad ante la amenaza de sitio de los asirios. El había redirigido las aguas del manantial de Gihón construyendo un túnel hacia el oeste por debajo de la ciudad de David para llevar el agua hasta este estanque (**2 R 20:20**).

El nombre de *“Siloé”* significaba *“enviado”*, y tenía que ver con el hecho de que las aguas eran *“enviadas”* desde el manantial de Gihón, fuera de la ciudad, hasta ese estanque en el interior. El que la narración se detenga momentáneamente para explicarnos el significado del nombre del estanque, junto con el detalle de que Jesús hace constantes referencias en este evangelio al hecho de que el Padre le había enviado (**Jn 9:4**), nos hace pensar que este estanque es usado aquí como un símbolo. Por un lado nos

recuerda que el Padre había enviado a su Hijo al mundo para mostrar las obras de Dios, y el ciego era enviado ahora por el Hijo a lavarse en el Siloé para que pudiera experimentar una de esas obras maravillosas. Y por otro lado, si el ciego quería ser también purificado espiritualmente, tendría que acudir finalmente al Enviado de Dios, a Jesús.

El ciego *“fue entonces, y se lavó, y regresó viendo”*. La obediencia dio fruto y el ciego recobró la vista inmediatamente. No podemos hacernos una idea de las emociones y sensaciones que aquel hombre tendría en aquellos momentos. Recordemos que había sido ciego desde su nacimiento y lo que ahora estaba descubriendo era un mundo completamente nuevo. No estaba recuperando algo que había perdido, sino que había recibido una iluminación completamente nueva. Y algo similar ocurre con todo aquel que se convierte a Cristo, porque él también llega a conocer una nueva vida espiritual que antes desconocía.

Pero sin dejar al que había sido ciego y la alegría que sentía en esos momentos, no podemos pasar por alto otro de los propósitos importantes de este milagro. Porque como habían anunciado los profetas, y el mismo Señor había confirmado, una de las grandes pruebas de la venida del Mesías sería la curación de los ciegos (**Is 29:18**) (**Mt 11:4-5**). Por lo tanto, este milagro era otra credencial más de que Jesús era el Mesías prometido, y los líderes del judaísmo iban a tener amplia ocasión de examinarla, tal como vamos a ver a continuación.

Primeras reacciones e interrogatorio de los vecinos

El hombre en el que se había hecho el milagro tenía que ser bien conocido, porque durante años se había sentado a mendigar en algún lugar cerca del templo. Sin embargo, en su nueva condición, su aspecto tuvo que haber cambiado drásticamente. Tenía una nueva habilidad para caminar sin tropezar y sin necesitar de la ayuda de los demás. También su rostro tendría un nuevo aspecto, porque como todos sabemos, gran parte de nuestra expresividad facial depende de nuestros ojos. Quizá por esta razón, cuando el que había sido ciego se encontró con sus vecinos surgieron algunas dudas:

(Jn 9:8-9) “Entonces los vecinos, y los que antes le habían visto que era ciego, decían: ¿No es éste el que se sentaba y mendigaba? Unos decían: El es; y otros: A él se parece. El decía: Yo soy.”

Esta es la primera escena de una serie en las que el evangelista Juan recoge diferentes cuestiones relacionadas con la sanidad del ciego. En ellas se llama nuestra atención sobre la forma en la que se llevó a cabo la curación, la persona que la había realizado y las diferentes reacciones de la gente frente al milagro y la persona de Jesús.

Lo primero que había que determinar era si aquel hombre que ahora veía había sido realmente ciego desde su nacimiento y era el mismo que conocían como el que se sentaba a mendigar.

Como hemos visto, los primeros en aparecer en la escena fueron los vecinos del ciego, seguramente porque aquel hombre habría ido rápidamente a su casa para comunicar a sus padres la buena noticia de su completa sanidad. Al principio los vecinos tuvieron algunos problemas para reconocerle, aunque rápidamente el que había sido ciego puso punto final a la discusión cuando se identificó como aquel que ellos conocían como el que se sentaba a mendigar.

Sin duda los vecinos eran movidos por la curiosidad ante lo que a todas luces parecía un hecho extraordinario, y como era de esperarse, una vez identificado el hombre,

comenzaron a hacerle todo tipo de preguntas sobre cómo había sucedido aquel milagro: “Y le dijeron: ¿Cómo te fueron abiertos los ojos?”.

(Jn 9:11) *“Respondió él y dijo: Aquel hombre que se llama Jesús hizo lodo, me untó los ojos, y me dijo: Vé al Siloé, y lávate; y fui, y me lavé, y recibí la vista.”*

Sin ningún tipo de adorno artificial, el hombre hace una fiel confesión de los hechos relacionados con su curación. Aunque lo que más le interesaba era dar el crédito de su curación a aquel que le había sanado, y del que de momento sabía muy poco: “Aquel hombre que se llama Jesús”. Lógicamente sentía una gran deuda de gratitud hacia él.

Parece que el entusiasmo con el que el hombre hablaba de Jesús, llevó a sus vecinos a interesarse por el Señor: “Entonces le dijeron: ¿Dónde está él?”. Pero el Señor se había separado del ciego una vez que lo mandó a lavarse en el estanque de Siloé, y desde entonces no se habían vuelto a encontrar, así que, por el momento, el que había sido ciego no podía decir nada más acerca de Jesús.

Aquel hombre había recibido la vista física, pero evidentemente, todavía no conocía a Jesús. En el resto del capítulo tendremos ocasión de ver el progreso espiritual de aquel hombre hasta su comprensión plena de quién era Jesús. El Señor no deja las cosas a medias.

Preguntas

1. Lea los capítulos 8 al 10 de Juan y explique con sus propias palabras cómo cree que se relaciona el capítulo 9 con el contexto anterior y siguiente.
2. ¿Cómo ilustra el ciego y lo que el Señor hizo con él, la condición espiritual de todos los hombres?
3. ¿Qué relación existe entre las enfermedades y el pecado? ¿En qué estaban equivocados los discípulos en la pregunta que hicieron a Jesús? Justifique sus respuestas con ejemplos bíblicos.
4. ¿A qué se refería el Señor por el “día” y la “noche” en este pasaje? ¿Qué aprende de ello?
5. ¿Por qué cree que el Señor sanó al ciego haciendo lodo y enviándolo a lavarse al estanque de Siloé? ¿Por qué se subraya que el nombre del estanque del Siloé significaba “enviado”?